



¡VIVIENTES EN CRISTO!

Mensaje para la celebración de todos nuestros difuntos

15 de noviembre de 2020

"¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tal vez la tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada? Como está escrito: por tu causa, estamos expuestos a la muerte todo el día, somos tratados como ovejas para el sacrificio. Pero, en todas estas cosas somos más que ganadores en virtud de quien nos amó (Rm 8.35-37).

"Con su muerte perdí ambos brazos"; "Me toca a mí hacer su elogio. Siempre estaba dispuesto a sacrificarse, para ahorrarme a mí el trabajo; era un hombre que tenía el arte de esconderse y poseía la verdadera humildad"; "¡Qué pérdida para el Santuario y más para el Instituto y para las misiones!"; "Prometimos decirnos la verdad y siempre lo hicimos"; "Durante 42 años estuvimos juntos, fuimos uno..." (Beato José Allamano, recordando a su fiel colaborador y cofundador Giacomo Camisassa).

Mis queridos misioneros, misioneras, familiares, amigos, bienhechores todos, con ocasión de la conmemoración de nuestros difuntos, y teniendo en cuenta la situación causada por el coronavirus, quiero entregarles fraternalmente esta meditación como signo de comunión y de espíritu de familia.

Celebrar la memoria de nuestros queridos fallecidos (misioneros, amigos, parientes, bienhechores) tiene este año un sentido muy especial. Celebrar la memoria de los difuntos durante esta pandemia mundial, que nos ha devuelto a lo esencial, nos "ha acostumbrado" a convivir con la muerte, que no se ha

quedado sólo en imágenes personales y que nos ha hecho entender que la vida es un don frágil del que nadie puede disponer, tiene un valor particular y profundo.

Así que, enfrentemos con respeto el misterio de la muerte y recordemos con profunda ternura a los que nos dejaron. La muerte es una teoría hasta que no perdemos a alguien al que hemos conocido y tratado a diario, con quien hemos tejido un parte de nuestra vida. Pensar en la muerte y en los seres queridos que han fallecido nos obliga a reflexionar, a tomar en serio la vida y a buscar una respuesta al dilema de la muerte que les dé sentido a nuestras vidas. La actitud hacia la propia muerte, una actitud adulta, libre de depresiones y supersticiones, está en el origen de una búsqueda más profunda del misterio de la vida de cada uno de nosotros.

Cuando ven que el número de sus coetáneos se va reduciendo lentamente, entienden y comprenden que su tiempo también se está agotando, que su vida está en manos del Señor, que cada día queda menos tiempo para enfrentar ese último viaje al que, tal vez, nunca se han preparado lo suficiente y que siempre les gustaría posponer indefinidamente. Sí, es obvio que se quiera exorcizar todo esto, tratar de no pensar en ello e incluso tratar de bromear con cierta ironía saludable. Sin embargo, éste es un sentimiento que está dentro de nosotros, que nos cuestiona y nos inquieta. Tenemos que morir, por supuesto. Y, si lo piensan bien, es la única certeza que tenemos.

Frente a la muerte sentimos una fuerte rebelión e ira: nunca es el momento de morir, si tuviéramos que elegir quién y cuándo morir sería una verdadera catástrofe...

Dios está en silencio; frente a la muerte el hombre es el único ser viviente que la percibe como una injusticia. ¿Pero, en comparación con qué? Paradójicamente, esta ira revela nuestra identidad más profunda, el misterio que cada uno de nosotros es. El ser humano es el único ser viviente que tiene conciencia de su propia muerte y se rebela contra ella.

¿Tenemos que agachar la cabeza y resignarnos? ¿Vivir como desconsiderados porque no sabemos cuántos días vamos a vivir? ¿Fingir, no pensar en ello y endurecer el rostro? No creo que sea ése el camino a seguir.

La búsqueda del 'significado' de la vida es un camino a veces largo, accidentado y, sobre todo, absolutamente personal, que cuestiona a todo ser humano al que nunca hay que dejar solo en este camino; la oración y la amistad sincera pueden siempre apoyarlo... La vida, creo que todos nos hemos dado cuenta en nuestra experiencia diaria, es una responsabilidad seria. Pensemos en el esfuerzo de quienes tratan de vivir bien, según los planes de Dios: el trabajo diario de una madre, el esfuerzo de un padre de familia, cuando quiere brindar apoyo moral y material a sus seres queridos; la fatiga de la "búsqueda"

de los jóvenes; el esfuerzo de un misionero, de un sacerdote, de una religiosa que han consagrado su vida entera a Dios y a los hermanos; la fatiga de los enfermos en la aceptación del sufrimiento.

Buenas noticias

Jesús tiene buenas noticias sobre la muerte, sobre este misterioso encuentro con Dios.

La muerte, hermana muerte, es una puerta a través de la cual llegamos a la dimensión profunda de la que venimos; ese aspecto invisible en el que creemos; esas cosas que quedan porque, como sabiamente dijo el principito de Saint Exupéry, lo esencial es invisible a los ojos.

Somos inmortales y toda nuestra vida consiste en descubrir las reglas del juego, el tesoro escondido en el campo; somos como un feto que crece hasta nacer en la dimensión de la plenitud.

Somos inmensamente más de lo que parecemos, más de lo que creemos que somos.

Somos más: nuestra vida, por muy realizada y satisfactoria que sea, nunca puede satisfacer la necesidad absoluta de plenitud que llevamos en nuestros corazones.

Y Jesús nos lo confirma: sí, es así, tu vida continúa, brota, florece, crece.

La eternidad ya ha comenzado, juguémonosla bien, no esperemos la muerte, no la evitemos, más bien pensemos en ello con serenidad para repasar nuestra vida, para ir a lo esencial y dar lo verdadero y lo mejor de nosotros mismos.

Es la experiencia de 'sentirse' peregrinos en la tierra, en medio de tantas dificultades e incógnitas, apuntando derecho hacia donde Dios quiere que lleguemos: la santidad, que mañana nos dará el derecho a participar en la 'multitud', descrita por Juan, "envueltos en túnicas blancas, llevando palmas en sus manos y gritando fuerte" lo que siempre hemos creído: "La salvación le pertenece a nuestro Dios y al Cordero".

Final feliz

El día de nuestra muerte llegamos a Dios y somos recibidos por El.

Al final de los tiempos, en la plenitud, nuestra alma volverá a unirse a nuestro cuerpo resucitado que ahora guardamos en lugares que hoy llenamos de vida, con flores y luces, los cementerios, que en griego significa dormitorios. Y será la plenitud, donde Dios estará todo en todos.

Nuestros amigos difuntos, a los que confiamos a la ternura de Dios, nos preceden en el encuentro con El.

Dios quiere la salvación de todos nosotros, con determinación; pero nos deja libres, porque nos ama.

Oremos para que el Maestro, de verdad, nos dé a todos la fidelidad a su plan de amor.

Nuestra oración nos pone en comunión con nuestros difuntos, les hace experimentar nuestro afecto, mientras caminamos hacia los cielos nuevos y la nueva tierra que nos esperan.

El dolor por los seres queridos que hemos perdido este año se transforma en esperanza, nos invita a mirar más allá, hacia otro lugar, donde brilla la auténtica dimensión de nuestra vida. Así, entonces, este día se convierte en un día inesperado e intenso de esperanza.

Para todos y cada uno de Ustedes les digo: ¡valor y adelante *in Domino!*



P. Stefano Camerlengo
Padre General



Roma, 2 de noviembre de 2020

Conmemoración de todos los fieles difuntos.